



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: España en el pensamiento hispanoamericano a la hora del reajuste del mundo

Autor: Lizcano, Manuel

Forma sugerida de citar: Lizcano, M. (1992). España en el pensamiento hispanoamericano a la hora del reajuste del mundo. *Cuadernos Americanos*, 2(32), 49-63.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año VI, Núm. 32, (marzo-abril de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir de la obra, no podrá distribuir la obra modificada.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## ESPAÑA EN EL PENSAMIENTO HISPANOAMERICANO A LA HORA DEL REAJUSTE DEL MUNDO

Por *Manuel LIZCANO*  
SOCIÓLOGO ESPAÑOL

**T**ODA PALABRA es una representación intelectual. Igual que el mundo histórico—en cuanto tal o en cualquiera de las utopías—sociedad que lo han constituido históricamente— es una representación comunal. Schopenhauer transitó con fruto este campo de reflexión. Lo que nos importa ahora es ver cómo ambas representaciones, la lingüística y la del mundo, por el hecho de consistir a la vez y ambigüamente en *mediación* que posibilita nuestra autoconfiguración personal y colectiva, ofrecen dos caras. Una mira a la naturaleza, a la animalidad racional, a la materialidad de todo lo humano. La otra mira a su infinitud, grandeza, sentido, liberación o alma libre que se hace y se sobrehumana a sí misma.

Toda la realidad, y del modo eminente que acabamos de indicar la realidad humana, ofrece de algún modo estas dos caras constitutivas. Y los hombres somos libres sustantivos justo porque elegimos una u otra para fundamentarnos ante esa misma realidad. Una de ambas diríamos que es la cara externa. La otra es lo que se oculta se nos oculta—en todo campo de experiencia y de conocimiento. La faz externa es la sensible y empírica, material, fáctica, racional. La otra es la del intangible de fondo, la infinitud, el contenido, alma, sentido o libertad que subtensa todo lo que hacemos. Lo que hay de absoluto o suelto de toda contingencia precisamente en todo cuanto en nuestra realidad se manifiesta o expresa.

Porque así es como cada vida personal se hace su propia alma o mismidad. Por supuesto que el hombre integra en esa obra de creación de sí mismo —la más eminente que realiza, y la más enigmática también para su propio creador— cuantos factores recibe de su herencia biológica, entorno social y tradición cultural o espiritual. Pero lo verdaderamente característico suyo, aquello en lo que tal

persona es inconfundible con otra, lo va poniendo ella misma por obra, día a día, en cada una de sus situaciones y opciones, fracasos, rectificaciones de rumbo y experiencias íntimas y compartidas. Pues lo mismo le sucede a cada pueblo humano, en su doble dimensión intrínseca: la externa de sociedad histórica, y la que se oculta, de utopía en marcha. Puede así parecer, a simple vista, que para una democracia todo se reduce a lo que en tal época o situación concretas los ciudadanos de su sociedad votan y deciden. Lo cual es verdad, aunque sólo hasta cierto límite. Más o menos el mismo en que toda persona excede su situación, cuerpo y psiquismo, al llegar a cierto umbral de sí en el que ya emerge el inmenso contenido que se acumula en su experiencia y biografía anteriores. Algo que nunca queda en blanco cuando uno cambia, cuando decide comenzar de nuevo a ser sí mismo, o así tiene que hacerlo por imperativo de las circunstancias. Ya que ese privilegio de volver a empezar desde cero de sí mismo no lo poseen más que los amnésicos. Del mismo modo que un pueblo histórico, en cualquiera de sus centenarios, o de sus milenios, si goza de tan larga vida, puede hacer lo que literalmente quieran sus ciudadanos de ese momento, salvo dejar de ser aquel pueblo —pueblo de pueblos, cultura de culturas, por supuesto— que históricamente ha venido siendo hasta entonces. A menos que sufra esa cruel patología de la amnesia colectiva, hasta el punto de llegar a carecer efectivamente de toda memoria y conciencia propias, y tradición cultural, fundamentación espiritual y experiencia comunal, tal como quedaron vividas por sus patrias o históricas generaciones precedentes.

Es así, y felizmente, como cada persona y cada pueblo sólo comienzan una vez y tal como esto haya sido— a ser lo que están siendo. El resto de su tiempo histórico lo único que pueden libremente hacer es poner en la realidad aquello que antes les faltó por ser o por hacerse. O empeorarlo y echarlo a perder. Aunque sea por una decisión democrática. Querer que lo que ha sido deje de serlo, o sea de otra manera, es pura ilusión. Con lo que ha sido no caben más que dos actitudes. Negarlo, odiarlo, destruirlo. O mejorarlo, transformarlo, cambiarlo en algo nuevo, creadora, pacíficamente. Pues creación y destrucción sólo pueden darse en exclusión recíproca.

Cuando hablamos, pues, de España, o de alguna de sus voces derivadas, como Hispanoamérica —o de cualquiera de las Españas nacionales dispersa por el planeta—, solemos estar hablando de dos cosas muy distintas. Como hemos visto, la externa y empírica; o

bien, la que se oculta. También es cierto que nunca queremos referirnos a una mitad de esa realidad así aludida sino a toda entera. Pero lo que hacemos entonces es hablar desde dos tradiciones contrapuestas. Desde la tradición de España como utopía, como grandeza —nietzscheanamente dicho— encarnada, como es obvio, en su sociedad. O bien desde la tradición de España como estructura, aparato o sistema de poder. La radicalización extremista de la tradición de España como utopía conduce a estar hablando de algo inmóvil, absoluto; algo que alcanzó de una vez para siempre su grandeza, algo dominante que se impuso y ejerce violencia necesariamente contra quien lo niegue. Estamos en tal caso ante la mentalidad o tradición reaccionaria tradicionalista. El otro supuesto de radicalización extremista es el de la tradición de quienes conciben a España o a la realidad nacional hispana o ibérica que sea, desde la imagen de una máquina o sistema de poder dentro de un mundo de máquinas o sistemas de poder, y ya sea dominante o dominada. Es la mentalidad o tradición del progresismo ideológico.

Pero lo que a ambas actitudes radicalizadas se les escapa, por su resentimiento y violencia recíprocos, y por su incapacidad para distinguir los matices que se dan en la realidad, es un hecho fundamental, que resulta básico en cambio para una sociología de las utopías: nunca lo común o el común de una infinitud en marcha —una “cultura” o visión del mundo solemos llamarla— deja de ofrecérsenos precisamente en su ambigüedad constitutiva “fuerte-débil”; y además nunca camina sola, sino que su hacerse o devenir mismo consiste en vencer los obstáculos que sin cesar tratan de negar o destruir su existencia. Toda realidad —sea utopía, sea estructura— histórica consiste en estar siendo a la vez ambigua y compartida. Su conocimiento en foto fija, o en solitario; a nada significativo conduce. No nos vale para nada. Todo lo nuestro, y también lo histórico, y lo político, es nuestro, esto es, no es apropiable y transformable, porque no es de una sola manera y porque siempre está engarzado, empujado o trenzado con otras cosas. Una historia de las utopías en blanco y negro, como antagonistas unas de otras, al modo de la ideología furiosa —siempre están furiosas las ideologías— de los “nacionalismos” o los “fundamentalismos”, nos deja ante resultados tan falsos, por su parcialidad, como la mera sociología de las realidades sociales en cuanto máquinas, sistemas o “contenedores” históricos. Porque ambas son incompetentes para explorar con el rigor y el desapasionamiento que reclaman los contenidos de ennoblecimiento o agrandamiento profundo y auténtico del hombre, la infinitud esencial del

Hombre. El nivel a cuya altura, intrínseca a toda vida humana, los sueños o utopías de los hombres avanzan para unirse siempre en lo que a todos es común. Y sólo por error, por muy grave error, llegan a matarse, o a hacerse indigna la existencia, quienes son portadores de esos esenciales sueños o utopías transformantes. Estamos viciosamente acostumbrados a ver las sociedades históricas en términos de sistemas de potencia y voluntades de potencia recíprocamente excluyentes. No como “almas del mundo”, que en su múltiple variedad buscan siempre lo mismo y complementariamente: el sentido del hombre en la Historia —el “puesto del hombre en el cosmos”, que decía Max Scheler.

Y por si acaso estas dificultades previas para entrar en nuestro tema fueran poca cosa, aún tenemos que advertir que hoy se ha puesto de moda, en vez de intentar aclarar las cuestiones complejas, confundirlo todo apresuradamente. No es más que actitud de moda, pasajera, pero hace mucho más difícil entenderse. El que no toma lo hispano o hispánico por “latino”, ignorando toda la originalidad profunda de la abusada palabra “hispanidad”, lanzada al uso por Unamuno como tantas otras vivencias o ideas revividoras de lo que somos, es porque prefiere confundir, tal como hemos considerado, la tradición cultural que da su propia figura a cada pueblo, con la mentalidad reaccionaria o tradicionalista. O bien sustituir la idea de la radical laicidad del hombre con el laicismo de secta ideológica. O bien ocultar el sobrecogedor proceso de la liberación y sobrehumanación cristiana bajo las inevitables refracciones o desvirtuaciones de época que significaron la inquisición o las cruzadas, el fundamentalismo predestinatario crónico que sigue inspirando a los “wasp” norteamericanos, o el timo televangelista. Sin embargo, hoy igual que siempre también se puede seguir hablando en serio de las cosas reales. O intentarlo, ya digo, que es lo que siempre se hizo. Con lo que en nuestro terreno lo menos que puede hacerse es poner rigor crítico cuando hablamos de España o de la Transespaña entera, dentro de este mundo cultural e histórico que conforman las tres variables hispanohablante, hispanocatólica e hispanomestiza.

Es cierto que ahora, tras la mutación mundial que ha acarreado el final del mundo comunista en 1991, es la evolución misma del hombre, en todas las culturas e identidades colectivas que estaban presentes en la sociedad contemporánea, lo que ha entrado en crisis de desorientada búsqueda de sí. Pero es justamente este quizás nunca igualado reajuste del mundo, al menos en cuanto a su disparada complejidad universal, lo que está dando la medida de la

singular situación que los hispanos o ibéricos, igual que a su modo todos los demás, tenemos que afrontar sin remedio. Una situación en la que no es difícil advertir que nosotros nos hemos adelantado dramáticamente a mucho de lo que hoy aparece ante todos los pueblos como enigma insoluble. Nosotros, la gente hispana, llevamos en efecto más de cien años bregando con algo muy parecido al generalizado escenario actual. Estamos metidos en una cadena ininterrumpida de revoluciones nacionales liberantes desde 1936. Y antes, desde la mexicana de 1910. Y más atrás todavía, desde el estallido español del internacionalismo libertario de 1868-1873, en cuyo salto extremo sobre el vacío tuvieron origen todos los contenidos sociales de nuestras revoluciones nacionales desde entonces. Sacar la lección de esta experiencia que viene sacudiendo y limpiando nuestras raíces, durante más de cuatro generaciones, nos empuja hoy a un lugar en el escenario mundial donde nos toca decir algo que los demás no han experimentado, y aguardan que alguien con conocimiento de causa y racional capacidad autocrítica se lo explique. Nada de esto sería factible si no sabemos imprimir un giro brusco y enérgico a este enfermizo victimismo o autocondolencia que nos tuvo parados, automarginados en un extraño modo de "descanso" histórico durante demasiado tiempo.

Los juegos de cambio de nombre, de condición o de rumbo fundamental, el "travestismo" de nuestras élites al que tan frívolamente proclives nos hemos venido mostrando, tiene que ceder sitio de una vez a lo que realmente estamos siendo y tenemos ahora por dar de sí. Y lo cierto es que en esto de dar con lo que en verdad somos, los intelectuales y escritores hispanoamericanos han tomado una delantera muy considerable a los escritores españoles del momento. Quizás baste con una buena docena de referencias de primera magnitud. Más que otra cosa, sobre todo frente al anacronismo del pequeño sector de españoles que tan a deshora se han enamorado de los peores desechos de la insepulta leyenda negra.

Tengo que referirme primero a algunas de las ponencias de intelectuales mexicanos de máximo relieve en el mundo de nuestra lengua, que se expusieron en el reciente simposio organizado entre el 9 y el 11 de octubre de 1990 por la propia iniciativa de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México). En él tuve el honor de participar como único ponente español y de asistir a las sobresalientes aportaciones, entre otras, de Silvio Zavala, Juan Ortega y Medina, Elsa Cecilia Frost, Leopoldo Zea y Edmundo O'Gorman. No dejó de admirarme

la atención, carente de toda discrepancia, con que el alumnado y público participante siguieron estas exposiciones, actitud de ponderación pública todavía, no alcanzada ahora en España, y que hace pocos años hubiera sido impensable en México.

El veterano historiador Silvio Zavala, maestro ya prácticamente de dos generaciones iberoamericanas, y cuyo magisterio como pensador tiene hoy difícil parangón en cualquiera de nuestros países, mantuvo en su ponencia el juicio más altamente valorativo del V Centenario de América en su significación histórica. Un par de ensayos suyos inmediatamente anteriores —‘Esbozo de dos antologías mexicanas relativas al V Centenario’ y ‘De las varias maneras de ser indigenista’—, así como su documentada referencia al libro madrileño ‘Iberoamérica, una comunidad’, elaborado y publicado por el Instituto de Cooperación Iberoamericana —del cual también nos ocuparemos enseguida—, dieron pie a una disertación del máximo interés orientador, que se centró además en una dramática advertencia:

Si al comienzo del decenio anterior al año de 1992 se nos hubiera invitado a sembrar la confusión y la discordia en torno al quinto centenario del descubrimiento colombino, creo que a la altura del año 1989 podríamos considerar que esa tarea ha sido cumplida. Pero si al contrario se hubiera pensado que la ocasión debía dar lugar al esclarecimiento de nuestra historia y de sus proyecciones y a fomentar la concordia interior... y la unión con los demás países de Iberoamérica, tal vez tendríamos que reconocer cuán lejos nos hallamos de haber alcanzado esas metas. De ahí que la polémica resultara inevitable y haya dominado el panorama del decenio...

El gran historiador mexicano de origen español Juan A. Ortega y Medina, el autor que con mayor rigor ha examinado críticamente, a mi juicio, el fundamentalismo religioso-racista en base al cual se forjaron y viven los Estados Unidos —*La evangelización puritana en Norteamérica, Delendi sunt Indi*, 1976; *Imagología del bueno y del mal salvaje*, 1987; *Destino manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, 1972, 1989— en su discurso de clausura sobre ‘Polémica mexicana en torno al descubrimiento’, se centró en analizar, al fondo del cuadro de la posterior apropiación de América por Estados Unidos, el escenario del descubrimiento desde la presión precedente de Afroasia sobre Europa con anterioridad a 1492, o la importancia filosófica para Occidente de los iusnaturalistas españoles, incluido Las Casas, que no dieron un solo nombre español partidarios de la teoría ‘animalista’ sobre el hombre indoamericano, o

asentaron el derecho del pueblo al regicidio por causa justa, tan alejado todo ello de la cultura anglosajona. En un trabajo periodístico de años anteriores a aquel simposio —‘Identidad, amplitud y plenitud del mestizaje en Hispanoamérica’—, Ortega y Medina había cifrado en una cita elocuente de Alfonso Reyes una constante mayor de su propio pensamiento:

Podría en rigor prescindirse de algunos orbes culturales de Europa que no han hecho más que prolongar las grandes líneas de la sensibilidad o del pensamiento. De lo ibérico no podrá prescindirse sin una espantosa mutilación. De suerte que lo ibérico tiene en sí un valor universal... es una representación del mundo y del hombre elaboradas por el pueblo más fecundo de que queda noticia. Tal es nuestra magna herencia ibérica.

El mejor Zea, el Leopoldo Zea que muchos admiramos en nuestra juventud, destacado discípulo filosófico de José Gaos y autor de *América como conciencia* 1953, 1972 o de *América en la historia* 1957 —tan emparentado además hace años, como el propio Zea recuerda, con la misma línea de investigación de Ortega y Medina acerca del fundamentalismo norteamericano y la comprensión del mundo contemporáneo—, volvió a oírse en una exposición en la que recordó cómo la destrucción de la flota española en Cuba y en Filipinas fue vista por los países iberoamericanos ‘como una agresión no sólo contra España sino contra todos ellos, porque aun cuando en el continente se rechaza la España imperial, se recupera como propia a la España que se asimiló mediante el mestizaje con todas las culturas locales’.

La ponencia de la eminente historiadora Elsa Cecilia Frost examinó a fondo, por su parte, lo que fue ‘El proyecto franciscano’ en la estrategia evangelizadora de México. El tema lo centra en la experiencia del Colegio Imperial de Santa Cruz de Tlatelolco, el noble empeño de la corona en

llevar a los jóvenes hijos de los conquistadores a la más alta investidura espiritual que hombre alguno pudiera alcanzar en su mundo: el sacerdocio cristiano: ... nueva faceta de la visión franciscana sobre su labor misional, visión que algunos han llamado utópica, en tanto que otros se empeñan en considerar milenarista. Lleve el nombre que lleve, lo que nadie puede negarle es generosidad y amplitud de miras. En ella se inscribe la educación plena de los neófitos

Este trabajo suyo constituye un paso más en el mismo objetivo de reconstrucción histórica de la realidad de que la autora

ofreció un fruto maduro en *Las categorías de la cultura mexicana*, 1972, que continúa el estudio capital de Samuel Ramos sobre la cultura mexicana, que ya mereció en su momento nuestro oportuno elogio. En este punto es también de destacar la extraordinaria atención que la propia UNAM viene dedicando a la reedición de textos clásicos y bibliografía investigadora sobre la evangelización fundacional de México. Podemos citar al efecto obras tan apasionantes como la dedicada a *Fray Antón de Montesinos* (1982), o los *Coloquios y Doctrina cristiana de Fray Bernardino de Sahagún y sus colaboradores indígenas* (1986), a cargo éstos de Miguel León-Portilla.

Edmundo O'Gorman, otro eminente y bien conocido historiador mexicano, tuvo a su cargo en la misma ocasión la conferencia inaugural "¿El quinto centenario del descubrimiento?". Sus interrogantes críticos pasaron revista al estado de la cuestión sobre la polémica aludida. Situó con agudeza, acompañada de constante dosis de ingenio, la significación del histórico acontecimiento para Occidente. Se desplomó a partir de 1492 la "concepción tripartita del mundo" —Europa, Asia y Africa—, que había llegado a imponerse como visión sagrada. Colón se había limitado a dar noticia de que hasta donde él había llegado llegaba Asia, con lo cual lo que desencadenó fue un proceso inventivo: la invención de América. Pero seguía siendo imposible que hubiera "una cuarta parte fuera de la Trinidad, ni geográfica, ni filosófica ni teológicamente". Sin embargo, "lo que realmente estaba emergiendo era, en vez de un mundo cerrado, hecho así por Dios, un inesperado mundo abierto. El hombre se apodera del universo. Se siente por primera vez hacedor. Trasplanta Europa. Es el señor del mundo". "Al surgir la cuarta parte arruinó el concepto del mundo en el que se vivía hasta entonces" (las citas son de mi propia transcripción). Y es ahora aquel fulminante que disparó el proceso de la modernidad el que nos reclama el deshielo de la memoria colectiva. Hoy presenta renovado su viejo signo abierto radicalmente al futuro, eso mismo que durante mucho tiempo ha tendido a quedársenos en *verdad absoluta*, involucionado en la arcaica belleza y fantasía de los mitos que alimentaron la viejísima costumbre de las *celebraciones*: el afán perenne de detener el tiempo y ganar batallas a la muerte.

Si pasamos ahora a la espléndida obra colectiva *Iberoamérica, una comunidad* (1989), que en cerca de novecientas páginas ha reunido a casi un centenar de especialistas, coordinados desde el Instituto de Cooperación Iberoamericana, consideramos que destacan en ella tres firmas de gran calificación internacional: Arturo

Uslar Pietri, Guillermo Morón y de nuevo Silvio Zavala. El escritor venezolano Uslar Pietri, a cuya iniciativa se debe esta publicación, puntualiza en su texto introductorio cómo animaron a los españoles en Indias dos propósitos indisolublemente unidos: "conquistar para el rey y para su bienestar personas y convertir en cristianos a los indios" (p. 28). "Ni antes ni después se ha dado un caso semejante en el que un imperio, en el momento mismo de desarrollar su expansión, se detenga con sincera angustia a examinar la cuestión, que a muchos entonces y luego no pudo parecer superflua, de decidir si los españoles tenían derecho a conquistar y someter los pueblos americanos y si los indígenas tenían los mismos derechos y condición de dignidad que los conquistadores" (p. 31). "El mestizaje cultural... no tiene tal vez precedente relativo sino en la cristiandad medieval y... no es el resultado de la imposición de una potencia hegemónica sino de una herencia común viva" (p. 837). Porque "España fue una suma heterogénea de reinos que vinieron a quedar bajo la soberanía del rey de Castilla... Sólo tenían en común el rey. Éste es el orden constitucional que se va a trasplantar a América" (p. 34). "Las posesiones reales en América fueron concebidas como dominios patrimoniales de la corona castellana y no como posesiones coloniales y cada una se integra por separado directamente a la corona común" (p. 36).

Ante el momento presente, piensa Uslar Pietri que el sitio de "la comunidad Ibero-Americana" junto a las demás comunidades supranacionales viene fortalecido por su "homogeneidad excepcional y... la ausencia de una potencia hegemónica" (p. 840). En un artículo lleno de valiosas sugerencias, insiste en una idea capital. La difundida noción del periodo "colonial" al hablar de Hispanoamérica, no es otra cosa que mera extrapolación de la genuina "experiencia colonial de las grandes potencias europeas del siglo XIX. La misma palabra 'colonia' proviene de las experiencias inglesa y francesa en África y América. El caso de la América española fue totalmente distinto". En *El País* (26 de abril de 1991) se recogió asimismo su intervención inaugural en el Foro de Iberoamérica, convocado por la Universidad de Salamanca, donde también dejó constancia de que "el destino de la América Hispana deriva del espíritu de cruzada del conquistador", así como del hecho de que los conquistadores, en contra de sus intereses, se lanzaron "desde el primer momento, de la manera más prudente y atrevida, a conquistar y cristianizar a la vez".

De otro lado, el director de la Academia de la Historia de Venezuela, Guillermo Morón, estudia otro aspecto de esta misma

temprana formación del Estado universal, de la ecumene hispano-indiana, en los antípodas de los Estados imperialistas posteriores; así como el evangelismo que, partiendo de la utopía castellana, se afana por servir el Estado indiano, contra toda lógica del poder. Refuerza en consecuencia la famosa tesis del argentino Ricardo Levene —quien igualmente presidió en su momento la Academia Nacional de la Historia en Buenos Aires—, expuesta con solidez en su *Las indias no eran colonias* (1951). El período indiano o monárquico de América se estructuró sobre verdaderos y constitucionales Reinos y Provincias o Gobernaciones, cuyo fundamento expreso fue la liberación del hombre y la defensa de sus derechos fundamentales. Ése es el origen monárquico de todas las actuales naciones y repúblicas independientes del mundo hispánico. El profesor Morón desarrolla más tarde, en su artículo “Un ventarrón de libertades” (*El País*, 2 de octubre de 1990), esta misma idea de que el pensamiento iberoamericano tiene su núcleo en la conciencia de liberación, dignidad, igualdad y democracia humanas que llevó consigo el texto de *Las siete partidas*, base de todo el derecho constitucional durante trescientos años en todo el ámbito de la Monarquía Indiana, con su constante insistencia en el principio de la justicia y la libertad humanas, y de una civilización basada en el orden municipal y en la democracia social. Por su parte también Silvio Zavala añade en este libro nuevos ahondamientos a sus ideas antes aludidas.

Hemos detectado así un horizonte de alerta máxima, a cargo de los escritores hispanoamericanos, atento a avizorar, dentro del mundo de las ideas, el renovado papel que al mundo ibérico o hispano le corresponde protagonizar en esta hora del reajuste del mundo. La prensa diaria está prestando un buen servicio comunicacional en este campo. Limitándonos ahora, en la práctica, a lo publicado por un solo periódico, y madrileño, como *El País*, aún nos cabe acotar aspectos notables del pensamiento, primero, de otros dos máximos escritores mexicanos, Octavio Paz y Carlos Fuentes; luego, de Augusto Roa Bastos y Gabriel García Márquez; y, por fin, de dos peruanos como Alfredo Bryce Echenique y Mario Vargas Llosa, junto con el argentino Ernesto Sábato y el ex presidente uruguayo Julio María Sanguinetti.

No es cuestión ahora de esbozar ninguna valoración del pensamiento hispánico y libertario de Octavio Paz, incluidas sus cimas y sus contradicciones. Mucho más sencillamente, recordemos algunas de sus ideas acerca de nuestro tema. Con ocasión de recibir

el premio internacional Menéndez Pelayo, en julio de 1987, Paz se definió a sí mismo como un "vehículo de unión entre las culturas de nuestra lengua": "He tratado de recuperar la tradición española en México y en otros países de Hispanoamérica". Antes, al recibir en 1981 el premio Cervantes de literatura, había desarrollado más a fondo ideas semejantes a éstas. En declaraciones hechas el 1 de abril de 1990 insiste en que "siempre vi el anti-españolismo como una enfermedad". 1492, en lo que se refiere al quinto centenario, "fue un hecho positivo en la historia". "Fue el triunfo del renacimiento. ¿Cómo se puede estar en contra de eso?". Del movimiento mexicano de contestación al respecto, piensa que se trata simplemente de "un grupo de agitadores muy activos". Aunque por otro lado, comenta, con sobrada razón a mi juicio, que "si hay un pueblo ignorante de América, ése es el pueblo español".

El 16 de mayo de 1988, Paz destaca que

La mayoría de los intelectuales hispanoamericanos en el siglo pasado abrazaron el liberalismo con el mismo fervor intolerante de los jacobinos, y en el siglo XX con el sectarismo de los bolcheviques. Estaban decididos a cambiar el mundo en un minuto; y lo que consiguieron fue instaurar tiranías. La crítica de las ideologías y de los regímenes autoritarios debe comenzar... por la autocritica de los intelectuales.

En España ve hoy un ejemplo de lo que podría ser una Iberoamérica realmente democrática y plural. "Pienso en una experiencia sobre la que los mexicanos deberíamos reflexionar: las autonomías. En México, desde la época prehispánica, el centralismo ha sido la realidad determinante de nuestra vida política, social y cultural... El centralismo es por naturaleza autoritario. México es un país no menos plural y diversificado que España." Fue memorable su ensayo, publicado en el mismo diario de Madrid el 28 de junio y 5 de julio de 1987, sobre "México y Estados Unidos". Más tarde, en su discurso de recepción del Nobel, en diciembre de 1990, al reflexionar sobre las literaturas en español, ratificó que, no siéndolo, se siente "descendiente de Lope y Quevedo como cualquier español".

Carlos Fuentes, refiriéndose el 26 de noviembre de 1987 a la cumbre de Contadora y su grupo de apoyo celebrada por aquellas fechas, analizaba la enorme transformación ocurrida en Iberoamérica durante el anterior cuarto de siglo, para concluir, sobre

este fondo inmediato, que quizás otro interlocutor invisible en Acapulco era el Conde de Aranda, ministro hace dos siglos de Carlos III, en función de la comunidad hispánica de naciones que entonces había propuesto para armonizar intereses sin sacrificar autonomías. “Lo que ocurra esta semana en Acapulco no puede serle indiferente a España. La integración latinoamericana debe acercarnos, no alejarnos de Madrid. Una comunidad de naciones ibéricas es parte del mundo multipolar del siglo xxi”. Sobre la difícil vecindad de México con el nacionalismo norteamericano publicó un elocuente ensayo los días 27 y 28 de junio de 1991. También al producirse la invasión norteamericana a Panamá publicó páginas muy atinadas. Al recibir, en abril de 1988, el premio Cervantes, su discurso constituyó un texto memorable. La identificación de la España intangible de la lengua con el arquetipo de Don Quijote le permitió explorar con extraordinario vigor nuestro papel emergente en el mundo que entonces empezaba a nacer. Por entonces hizo declaraciones a *El País* (11 de abril de 1988) en las que afirmó que “los hispanos somos la gran esperanza blanca del siglo xxi”. Siempre sospeché que lo de “blanca” sería fruto de alguna espontánea colaboración del entrevistador; pues imagino que Fuentes quiso decir bastante más. Algo así como que somos “la gran esperanza mestiza”. Por otra parte, cualquiera consultará con provecho el extenso y magistral estudio que en la revista *Claves* (Madrid, núm. 5, septiembre de 1990) dedicó a “La novela de América: literatura y sociedad”.

En su día (2 de septiembre de 1990) nos conmovió García Márquez con su desgarrado “Me obsesiona la idea de que España se vuelve europea. Es como si la madre de uno se fuera a dormir a otra casa”. Últimamente, al inaugurarse (18 de septiembre de 1991) la IX Conferencia Iberoamericana y III Internacional de Comisiones Nacionales del V Centenario, con la cumbre mexicana de Guadalajara, de julio anterior, al fondo, García Márquez volvió a ser categórico: “La integración, tema central de esta conferencia, le da a la conmemoración del V Centenario un contenido político importante y definitivo, que no tenía el año pasado”. Ocasión en la que, por cierto, también se recogieron las declaraciones del presidente colombiano César Gaviria, referidas a la mencionada cumbre de mandatarios iberoamericanos: “ya tenemos un foro para convertir nuestra historia y nuestro patrimonio en futuro común; para que, después de cinco siglos de divisiones, llevemos unidas a nuestras naciones hacia el siglo xxi”.

Roa Bastos hizo públicas, en "El controvertido V Centenario" (18 de julio de 1991), sus principales tesis al respecto. "La revisión crítica de las relaciones entre España y los países hispanoamericanos no es un revisionismo histórico cultural postulado desde el ángulo de las ideologías contrapuestas. La plural amalgama de razas, de culturas, de motivaciones e intereses legítimos, la necesidad de relaciones más estrechas y orgánicas, de un conocimiento mutuo más amplio y profundo, depurado de leyendas negras y leyendas blancas, constituye hoy la nebulosa de un mundo en gestación, que busca plasmarse en medio de grandes pero no insuperables dificultades". La "creciente y un poco tardía indignación histórica contra la España imperial, ¿no es tal vez la descarga ambigua de las élites mestizas hispanoamericanas destinada a otros imperios aún vigentes, más actuales, más eficaces y más implacables, pero también menos susceptibles a la crítica y a la condena?". Y lo que nuestra integración "implica necesariamente (es) la participación de los pueblos indígenas y de todas las minorías marginadas en la construcción de un nuevo orden democrático, representativo, pluricultural y pluralista como concreción de la nueva sociedad que está emergiendo en América Latina y de la cual España es nuestro aliado natural". Antes, su discurso de recepción del Premio Cervantes (27 de abril de 1990) le dio también oportunidad de repensar con hondura filosófica nuestras raíces, y el contenido de su propia narrativa, en razón del dinamismo creador del mundo de Don Quijote.

Para Bryce Echenique (11 de enero de 1991), en Perú "estamos ante la primera crisis realmente nacional... un Perú cuyo Estado ha quebrado como proyecto nacional..., para cederle espacio al país real que viene abriéndose paso a lo largo de siglos, ... hacia una final andinización de un país que siempre fue andino, ... al país informal, provinciano y pobre, de rostro oscuro, al que de una forma u otra se le enseñó primero un idioma y después se le cortó la lengua".

Por su parte, Vargas Llosa (2 de octubre de 1991) afirma que España y América están unidas por "la cultura de la libertad". "El proceso de democratización que ha vivido España ha influido más en América del Sur que la colonización que se inició hace quinientos años". Y culpar de la situación actual a los conquistadores "es algo disparatado, ya que se trata de una realidad que ha ido perpetrándose independientemente de quienes tengan el poder. Quizás ahora sea el momento de hacer justicia histórica y conseguir

que el desarrollo no signifique el sacrificio de la lengua y la tradición de los indígenas”.

Dos aportaciones más, de sentido clarificador, cuyo contenido es inexcusable, son la de Sanguinetti, “Quinientos años en los tiempos del cólera” (4 de junio de 1991), que documenta con rigor el impacto demográfico producido en la primera sociedad india por las mismas enfermedades infecto-contagiosas que antes habían asolado a Europa; y la de Sábato (2 de enero de 1991) en que dirime con inteligente y serena argumentación el tema que elocuentemente titula “Ni leyenda negra ni leyenda blanca”. Porque, como denuncia con energía el historiador británico John Elliot (*El País*, 28 de agosto de 1991), “la leyenda negra continúa”.

La verdad es que la situación se hace inquietante, a vuelta de esta pequeña antología de escritores hispanoamericanos, sobre la España profunda y más actual. Bien magro sería el peso intelectual de España si en su versión digamos “oficial”, “política” o de Estado —de españoles que nos estaríamos reduciendo a nada más que españoles de una Europa burocrática, económica, material—, nos quedaríamos solos. Esto es, a solas en escucha de voces escrutadoras, vaticinadoras, que hoy estuviera dando de sí nuestra territorial y antigua nación de naciones. Apenas un par de voces aisladas podríamos añadir a las hispanoamericanas anteriores, cuando tratásemos de encontrar signos vivos de alguna renovada afirmación de sí misma que esté haciendo la España permanente, la de todo su ayer, su hoy y su mañana, en su necesaria gravitación inventiva hacia el futuro. Algo así como si casi no se le encontrara el pulso o el alma que certifica que sigue vivo a un organismo cuyos miembros físicos o materiales funcionan, sin embargo, mejor que nunca, pero que en el mundo del espíritu no hace más que ruidos. Menos mal que aún nos queda esa especie de microclima del mismo espíritu creador que han sabido generar los grandes premios a la literatura en lengua española y a la inteligencia activa, convocados en torno a Cervantes, a Menéndez Pelayo, a la Corona. ¿Dónde podríamos, en efecto, intentar saber algo acerca de esa aventura libre y creadora que es el pensamiento sobre la España, la Transeuropa hispánica, la Transespaña que ahora justamente nos queda por inventar y hacer, si no fuera por las grandes profecías hispanoamericanas, y más en concreto, aquí y ahora, lo que de ellas nos va llegando a través de tan oportuno microambiente intelectual?

Porque del lado de acá, de los alrededores peninsulares de Madrid, lo que ahora parece arrasarse son meros vientos sectarios, residuales del tiempo pasado. Cuando la verdad es que maldita la

falta que nos habría hecho esta moda del fanatismo macabro de los inventores de genocidios, de nuevas enajenaciones culturales por si había pocas, de separatismos alucinatorios; demagogos, agentes organizados, economicistas crónicos o pesimistas sin remedio, que de todo ha habido; y que tan a destiempo se nos vinieron encima a la hora en que no había que pegarse con los remos sino que remar juntos. Justo a la hora en que había que crear lo nuevo, con todas las diferenciadas y autónomas energías que cada uno de nosotros tenía que aportar al conjunto. Igual que siempre; o si se prefiere, mejor que nunca. Basta y sobra con que aquella remota conquista de las sociedades amerindias, igual que toda conquista guerrera al paso de la Historia, hiciese objeto de violencia, guerra invasora, crimen y despojo, en la medida que fuera y que hoy puede documentarse con seriedad, desapasionadamente, desmitificadamente, para que hoy tuviéramos clara una primordial razón de ser colectiva. Esto de que todo responsable o mandatario de la comunidad hispánica de naciones viera su imperativo máximo, igual que lo que en los tres siglos indios —perdón, iba a decir “coloniales”—, en cooperar con las naciones indias aborígenes, con sus juventudes, con todos los grupos destruidos vitalmente y marginados, en el esfuerzo colaborador de todos nuestros pueblos autónomos, para continuar con mayor ahínco que nunca la lucha por la justicia y la liberación auténtica de todos. Y lo mismo que en esto, que es lo más difícil, en todo lo demás. ¿Qué falta hace ni un gramo de demagogia, o de resentimiento en todo este negocio? Simplemente, alguna leve pero eficaz instancia racionalizadora y entrañable tendría que cargar en cada una de nuestras casas nacionales, y en nuestra nueva comunidad histórica, por tenue que ésta empiece a ser, con esa función suprema —no del poder sino del alma que nos es común en la común “patria grande”— que es la de defensor del pueblo y de los pueblos.

Por ahí, siguiendo esa vía de cooperación maximalizada, es por donde cabe detectar la brecha que nos agrieta y puede hacer saltar el muro nuestro: este *muro de España* que nos tuvo encanijados desde hace ya no sabemos cuántas generaciones. Pero que sólo nuestra propia enajenación colectiva imaginó y construyó. Y que sólo nuestra curación, nuestra liberación por el espíritu, o revolución en marcha del nacer de nuevo podrá derribar. Pues nadie puede venir a sustituir nuestro coraje en tirarlo abajo y dejarnos ante el campo libre, si seguimos siendo incapaces de hacer ese esfuerzo nosotros mismos.